

LA VERDAD EN LA PEDAGOGIA

«El "yo" es un medio eminentemente deformador, es un prisma gigantesco capaz de descomponer todo lo que pasa a través de él. Todos los absolutos toleran en distinta intensidad esta deformación, mas la verdad no lo consiente: una verdad falseada es un error. La verdad no admite grados: es o no es.»

(Belgodere: *La verdad, la ciencia y la filosofía*. México. La Impresora, 1939; 266 págs. Cita pág. 14.)

LA TIPOLOGÍA Y LA VERDAD

Hacemos referencia en la cita que encabeza este apartado al hombre individual como sujeto, como sujeto veraz, y parece ser que siempre estará en el error, más o menos próximo a la verdad, pero nunca en la verdad. Nos encontramos en una situación agnóstica. Pensamos que el hombre capta destellos de la verdad, verdades parciales, aunque la Absoluta Verdad, que es Dios, no puede serle perfectamente conocida.

Al señalar el poder deformador del «yo» pretendo solamente hacer notar a los educadores —se educan siempre individuos, aunque la educación sea colectiva— que al captar la verdad cada uno por sus propios medios, la subjetiviza y se varía, aun siendo la misma, como un paisaje al cambiar de perspectiva.

Todas las clasificaciones tipológicas distinguen dos tendencias opuestas en los hombres: unos con mayor propensión a la verdad, más veraces; otros, con una irresistible tendencia a la fabulación. El yo actúa en estos casos como filtro. Basta recordar la concepción de Fichte, según la cual el hombre debe llegar a ser aquello que es, y este ser suyo íntimo es el que le lleva a crear su filosofía, a ser idealista si está educado y dogmático si *ha sido hecho* por lo externo.

Nohl distingue dos tipos que vienen dados por dualidad: *contenido* y *expresión*.

En los que domina la expresión —llámalos «virtuosos»—, la palabra surge fácil y abundante, estimulada por el mayor número de oyentes, por las emociones acumuladas. Al contrario, los «balbucientes» tienen un canto interior y no prorrumpen con él.

«Es importante que el educador conozca esta diferencia y no se deje engañar por la facilidad de expresión, muy acentuada a veces, precisamente en ciertos tipos de psicópatas. En ellos aparece también clara-

mente acusada la relación entre esta facilidad de expresión y el movimiento de la fantasía: Las personas que se expresan de un modo tan fácil no suelen ser muy de fiar en cuanto a sus datos, ya que la fantasía y la expresión van en ellas más de prisa que el control de la realidad... Mientras hablan van viendo las cosas deformadas, y dicen, sin mala intención generalmente, lo que no es (1). En la forma más aguda tendramos un caso de pseudo-latría. Por el contrario, los psicasténicos de la clasificación de Janet tienen tanto miedo a no decir verdad que han de ser interrogados con proposiciones disyuntivas, teniendo en cuenta que una de las partes sea verdadera, para que concreten. De no ser así, se pierden en vaguedades.

El sujeto «extravertido» para testimoniar es fácil; se parece al virtuoso, pero menos constante que el «introvertido», cuyas declaraciones son parcas y subjetivas, pero menos influenciadas por circunstancias externas de lugar o tiempo.

El eidetismo se ha visto que está en correlación positiva con la precisión del testimonio. Es natural que un eidético testifique verdad, siendo así que percibe de nuevo con toda claridad la situación pasada (2).

Gaupp ya distinguía entre tipos mitómanos, pseudologistas y los fanáticos por la verdad. Estos se reclutan «especialmente» entre los niños miedosos que propenden a la cavilación y representaciones obsesivas (3).

FUNDAMENTACIÓN DE UNA PEDAGOGÍA DE LA VERDAD EN LA PSICOLOGÍA DEL TESTIMONIO

Se comprende con lo dicho cuán difícil es que la verdad subjetiva sea acorde a la verdad real. De estas discrepancias ha nacido un capítulo de la psicología que se denomina del testimonio, y del que existe una larga bibliografía. Si se estudia detenidamente esta cuestión, se llega a decir con Mira: «Quien considera... el influjo de los procesos afectivos a lo largo de la vida psíquica, llega a extrañarse, no de que los testimonios sean imprecisos y deformados, sino de que *no lo sean más*, hasta el punto de resultar prácticamente inútiles para la reconstrucción de la verdad objetiva (4).

La señorita Sánchez Buchón ha hecho algunas experiencias acerca del testimonio. Presentó una lámina coloreada —el Buen Pastor— a distintos grupos de alumnas de Enseñanza Media. En la descripción libre inmediata obtuvo un error de 12 por 100. Diferida ocho días, un 20 por 100, y por medio de interrogatorio, diferida quince días, un 33 por 100. Hemos de tener en cuenta que eran personas de nivel cultural medio, a las que

(1) Nohl: *Antropología pedagógica*, pág. 60.

(2) Mira: *Psicología jurídica*. Acerca del testimonio, págs. 199 y siguientes.

(3) Gaupp: *Psicología del niño*, pág. 122.

(4) *Psicología jurídica*, pág. 189.

debemos considerar veraces —se hizo la experiencia en una Escuela del Magisterio de la Iglesia—, y en asunto de suyo indiferente, ya que no despertaba ninguna represión ni deseo de ocultar la verdad (5).

Tenemos noticia de un material científico para el examen psicoexperimental de la capacidad de testimoniar. Lo utiliza Whipple, y es de la casa C. H. Stoelting, de Chicago (6). Consta de cuatro cartulinas con sendas tricromías, que se muestran durante veinte segundos al sujeto. A continuación se toma exactamente la descripción que hace de ellas, y luego se le somete a un interrogatorio previamente formulado. La elaboración matemática nos da un índice de precisión, veracidad, seguridad, cantidad, calidad y error del testimonio.

De estos estudios se pueden sacar algunas conclusiones, y entre ellas destacamos las referentes a:

a) *El sexo*. La precisión del testimonio en el hombre excede en un 25 por 100 a la mujer. Su extensión, en cambio, es algo menor.

b) *La edad*. Ni los niños ni los viejos son testigos dignos de confianza en general. De los siete a los doce años se duplica el número de datos correctamente testimoniados, no obstante la precisión —relación del número total de datos con los verídicos— sólo aumenta en un 20 por 100. Los niños son extremadamente sugestionables, y por ello hay que conceder algo más de confianza a sus declaraciones espontáneas que a las obtenidas por interrogatorio.

c) *La forma de obtener el testimonio*. Es interesante que el educador conozca el siguiente hecho: el interrogatorio da un 15 por 100 de error más que la narración espontánea.

Análisis de los errores.—Convendría tenerlos en cuenta para la elaboración de un posible test diagnóstico de veracidad.

Son:

De observación (aprehensión o percepción insuficiente o deformada).

De recuerdo (olvido completo, pseudomemoria).

De imaginación (confabulación, retoques o complementación de datos mnemónicos en virtud de una intención determinada: quedar mejor, darse importancia...).

De juicio (interpretación equivocada de datos, falta de autocrítica o exceso de ella).

Factores de que depende el testimonio.—La verdad conocida por la lógica natural o artificial al ser testificada, depende de cinco factores, o sea que viene condicionada por el modo como:

el sujeto ha percibido los acontecimientos;

los ha conservado en su memoria;

(5) Sánchez Buchón: *Una sencilla experiencia*. Rev. «Atenas». Mayo, 1950. Páginas 150-155.

(6) Mura: *Psicología jurídica*, págs. 205 y siguientes.

es capaz de evocarlo;
 quiere expresarlo;
 puede expresarlo.

(A este último factor se le llama también grado de *precisión expresiva*, de fidelidad, y viene dado por la claridad con que el sujeto es capaz de describir, narrar, etc.)

La mentira y su comprobación experimental.—Acabamos de señalar el factor *quiere*. Cuando el hombre no quiere expresar la verdad, entonces está mintiendo. Es la intención, el deseo de engañar, lo que distingue el error y la mentira, y en esto hemos de bucear cuando nos encontremos con un testimonio no verídico hasta llegar al conocimiento de sus causas posibles y reales.

Comprobación experimental de la mentira: Generalmente se pide al educando que confiese, que aclare los hechos. Podemos distinguir tres modos de obtener el testimonio:

- a) Descripción espontánea;
- b) Diálogo con preguntas incidentales;
- c) Interrogar al testigo con preguntas previamente formuladas y de modo coherente y preciso.

En todos los casos, las contestaciones deberían ser tomadas taquigráficamente, a ser posible sin que el testigo lo notase. Más perfecto sería una impresión total en cinta magnetofónica, porque en este caso la posibilidad de repetición es ilimitada, y el tono, el ritmo, los silencios y vacilaciones, quedan posibilitando un análisis perfecto.

Ciertamente, en el ambiente escolar esto es imposible, pero no lo es tan difícil en los Tribunales Tutelares ni en grandes Grupos Escolares, donde este aparato puede también ser muy útil en otros servicios.

Ya antiguamente se intentaba llegar a la evidencia en prueba testifical, haciendo comer al sujeto inmediatamente después de su declaración una cierta cantidad de arroz seco. Los que mentían no lo podían tragar. Pero ahora, sin negar el valor de esta comprobación, dejamos de pensar pueda sólo ser debida al hecho de falsificar la verdad, sino a un estado emocional complejo que disminuye siempre las secreciones salivares, y, en mucho, influido temperamentalmente por la individualidad de los sujetos.

Inserto una relación de algunas pruebas de las que actualmente se usan en la comprobación testifical, aunque sé que no pueden ser llevadas a la escuela totalmente (7).

Prueba de las asociaciones de Jung (hoy llamada de Abraham-Rosnoff-Jung), que consiste en una serie de palabras a las que se debe contestar con la primera asociada. Si los pares de palabras no tienen una causa normal de asociación, podemos buscar una razón especial. También suelen ser indicios las vacilaciones, los silencios, el retraso en con-

(7) Mira: *Psicología jurídica*, págs. 148-182.

testar, las exclamaciones. Esto se puede medir teniendo presente un reloj que marque quintos de segundo y anotando el tiempo de contestación y todos los detalles de la expresión.

Se perfecciona el valor de esta prueba con el registro gráfico de las alteraciones circulatorias, tomadas con esfigmógrafos u oscilógrafos; o respiratorias, con mneumógrafos; o eléctricas, con el reflejo psicogalvánico.

El detector de mentiras de Larson está basado en las alteraciones que a la presión arterial imprime un distinto estado psíquico, y que se comprueban por un gráfico que deja impreso el estilete en un tambor rotatorio, donde discurre una cinta de papel. Si el sujeto miente, las oscilaciones varían de intensidad o de frecuencia.

El método de la expresión motriz de Luria.—Pretendió su autor unir «dinámicamente las actividades centrales y las periféricas hasta hacerlas constituir un sistema unitario». Consiste en hacer que se golpee digitalmente un resorte a la vez que se da la respuesta condicionada de la prueba de Jung. La expresión motriz será regular en toda respuesta sincera.

Métodos basados en suprimir la censura de los sujetos.—La antigua sentencia latina decía: «In vino véritas», y de todos es conocido que cuando se ha bebido el hombre se vuelve más locuaz.

El hipnotismo. Presenta dificultades por parte de la voluntad del sujeto y porque siempre es difícil encontrar un hipnotizador.

Los sueros de la verdad. House, médico norteamericano, lanzó en 1918 su famoso «Truth-serum», suero de la verdad, que luego ha sido perfeccionado. Cuando se está bajo los efectos de este suero la conciencia desaparece y sin censura el sujeto dice o responde. Mas, ¿qué certeza nos cabe de que sus afirmaciones no vengan influenciadas por otras impresiones subconscientes y que pueden ser distintamente irreales?

Es general el pensar que son indicios de mentira: el rubor o la palidez, el huir la mirada, la actitud nerviosa, el hablar torpemente, etc. Nadie niega que pueden ser indicio de falsedad, pero no podemos los educadores darles crédito en contra de la afirmación tajante de un sujeto. Cuenta el padre Armentia (8) que un pequeño fué acusado de haber tomado una caja de bombones, y que a pesar de sus afirmaciones en contra fué forzado por la madre a confesar su «falta». Al cabo de unos días estaban los bombones en un cajón que el niño no pudo tocar. Habían logrado que mintiese al pedirle la «verdad». Entre las declaraciones que he revisado en mis trabajos sobre delincuencia juvenil encuentro uno especialmente aleccionador: se trataba de una declaración a todas luces falsa. Doble certificación médica parecía confirmarla, pero al fin una confesión de circunstancias especiales y una nueva revisión médica confirmaron como probable la declaración primera, que todos creyeron falsa. Este sujeto había tenido un valor excepcional en su edad

(8) Armentia: *Mentiras al niño y del niño.*

y condiciones. Por esto los educadores deben dar un margen de confianza y no exigir prudentemente actos heroicos, obligando declaraciones falsas, acomodaticias.

LA VERDAD EN LA CONDUCTA.—*Sinceridad e hipocresía.*

Podemos suponer, y de hecho existen muchos hombres que conocen la verdad, que incluso dicen que profesan la verdad, pero el ideal es que la verdad conocida y profesada informe toda la vida. Tenemos en este caso que exigir dos virtudes: sinceridad y lealtad, que tan lejos nos llevan de la simulación y la hipocresía.

La verdad en el hombre no se queda en el mero conocer. Hay verdades que se refieren no al ser, ontológicas, sino al deber ser, deontológicas, y que le llevan al mundo moral. Pues bien, cuando el hombre se manifiesta de acuerdo con la verdad que conoce, se dice que es sincero. Cuando obra según los principios que profesa, se dice que es fiel, leal. Estamos en la meta de la educación.

Las pasiones y los intereses creados se interponen entre el conocer la verdad y el obrar de acuerdo con la verdad. En este momento suele aparecer la hipocresía. Hay veces que el hombre es sincero y leal, pero se miente a sí mismo. En el desdoblamiento de nuestra conciencia somos capaces de justificar en nosotros nuestras malas acciones hasta ver como rectos los caminos retorcidos. Tan fuerte es la ley moral y tan imperiosos sus mandatos y tan recto en el bien el fin del hombre, que cuando nos desviamos de esta línea y el bien no es nuestra meta —bien real y no aparente—, nos hemos de justificar los hechos, y en esta justificación suele haber mentira (9).

Pedimos a los hombres lealtad, nobleza, sinceridad, pero rara vez les enseñamos a que se digan la verdad desnuda a sí mismos, a cumplir el deber, que obliga a ser consecuentes con la verdad conocida y firmes para mantenerla, siendo así que en la veracidad encontrarían la raíz de todas las otras virtudes.

LA VERDAD EN EL FENÓMENO EDUCATIVO.—*Distinguimos tres apartados:*

A) *Verdad en el educador:*

Primera condición: *conocer la verdad.*

«El objeto del entendimiento es la verdad, porque la verdad es el ser y la nada no puede ser objeto de ninguna facultad. Cuando conocemos

(9) Balmes: *Criterio*, págs. 120 y 126.

el ser conocemos la verdad, y, por consiguiente, estamos obligados a procurarnos el conocimiento de la realidad de las cosas. Si por indolencia, pasión o capricho extraviamos nuestro entendimiento haciéndole asentir al error, ya porque cree existentes objetos que no existen, o no existentes los existentes, ya porque les atribuye relaciones que no tienen o les niega las que tienen, faltamos a la ley moral» (10).

Son las palabras de Balmes, y a ellas poco puedo añadir. Sólo conviene resaltar que aquí está incluida la obligación profesional de los docentes de preparar sus clases y seguir cultivando sus disciplinas.

Segunda condición: *lealtad a la palabra dada*.

El educador debe cumplir estrictamente sus promesas: ni lanzar amenazas que no cumpla ni faltar a la justicia repartiendo desigualmente sus sanciores. Si es injusto, está formando en la mentira, ya que toda falta a la justicia es de algún modo falta a la verdad.

Cuando un educador pregona medidas disciplinarias que no cumple, cuando promete y no da, cuando el peso de su palabra lo arrastra fácilmente el tiempo, entonces la verdad, la formación en la veracidad que él intente lograr, caerá en la nada.

Tercera condición: *veracidad* (huir hasta de las mentiras tradicionales).

Estas mentiras tradicionales se agrupan en torno del origen de la vida, Reyes Magos, explicación de fenómenos naturales, producir temor y respeto en los niños, lograr silencio...

Entre muchos autores que podríamos citar destaco a monseñor Streng, que ha publicado acerca del origen de la vida dos bellos opúsculos, uno dedicado a los niños y otro a los jóvenes (11), y en ambos va descubriendo la maravillosa y sobrenatural belleza de esta verdad, gradual y sinceramente a los niños. Es absurdo y puede ser, y de hecho es, muchas veces nocivo dar un mito en vez de la verdad. Esta verdad, cuando es noblemente conocida, afirma y aumenta el amor a los padres, la sinceridad de sus relaciones, y hace más próxima a los hombres la intervención de Dios.

En la misma posición se encuentra el autor de ese delicioso libro «Entrando en la vida» (12), y el P. Ruiz Amado y otros muchos, no sólo en la línea doctrinal ortodoxa, sino también en la opuesta, aunque difieran en los medios y en los fines (13).

Respecto a esa verdad de «Reyes Magos» tiene un trabajo el señor García Hoz (14), en que aboga por que a los niños se les diga la verdad

(10) Balmes: *Curso de Filosofía fundamental*. T. I. Lógica y ética, págs. 243 y 244.

(11) Streng: *El origen de la vida explicado a los jóvenes. Madre e hijo, un bello secreto revelado a los niños*.

(12) Loetscher: *Entrando en la vida*.

(13) Elcizegui: *La sexualidad infantil*. (Aunque desde el polo ideológico contrario, coincide en dar a los niños la verdad que en cada estadio necesita y puede saber.)

(14) García Hoz: *Verdades y mentiras al niño: los Reyes Magos*, págs. 21, 31.

sobrenatural de la concesión de favores por los Reyes, y de cómo, en memoria de los obsequios que ellos hicieron al Niño Jesús, todos los hombres obsequian a los niños e intentan hacerles partícipes de la alegría del «Portalito». Lo mismo que Streng y Loetscher, dice que la verdad puede introducir al niño precisamente en la visión sobrenatural de la vida diaria.

También hay explicaciones falsas en torno a los fenómenos naturales, truenos, viento, pedrisco. Parece que el terror del hombre primitivo ha perdurado en los mitos que él creó para explicar las causas de sus miedos, y hoy intentamos dar al niño el mismo miedo, envuelto en el mismo mito. Nos es más difícil adecuar a la mente infantil la causa científica de un hecho que inventar una fábula, pero no tenemos derecho a introducirnos en el alma del niño para perturbarla.

Cuarta condición: *la verdad personal del educador.*

Cuando hacemos la profesión de educar hemos, de hecho, renunciado a tantas cosas que es preciso renunciar a la mentira; mas no sólo a la mentira verbal, sino a la mentira en la conducta, a la mentira en la vida íntima y a toda hipocresía.

B) *Verdad en el ambiente educativo:*

Verdad y no «apariencia». Sabemos, y todos los libros que se ocupan de este tema lo consideran lugar común, que la atmósfera social está impregnada de todo lo que no es verdad. Es falso todo; todo es «apariencia»: yesos que parecen piedra, maderas que figuran mármoles, cobres que son cerámica. Si seguimos la definición agustiniana de que verdad es lo que es, debemos hacer que todo lo que rodea al niño sea lo que sea:

Con harta frecuencia el profesor corrige o hace totalmente un dibujo en el cuaderno de un alumno o en el trabajo que ha de ir a una Exposición, y, no obstante, va con la firma del niño. Al siguiente día, este pequeño es acusado de faltar a la verdad al decir que había hecho él un trabajo que en realidad copió de otro. Los casos son similares, pero la conducta del adulto ante ellos suele ser distinta.

No quisiera hacer presente toda la mentira oficial de muchas de las Exposiciones escolares o de los exámenes públicos y el reparto de diplomas. Basta que cada uno uno revise sus experiencias personales.

Verdad en el ambiente familiar. «Los padres no reflexionan bastante en el dolor que experimentan ciertas almas infantiles muy delicadas cuando descubren algún defecto en los que más aman; el desencanto que les invade cuando, por primera vez, les sorprenden mintiendo» (15).

«El niño recibe de la familia sus primeras nociones elementales acerca del bien y el mal, del sentido de la vida y la ordenación del Universo,

(15) Thomas, F.: *La educación en la familia*, pág. 66.

todos sus criterios y sus normas, y quien de niño no se cria en la atmósfera tranquila y serena de un hogar armónico, rara vez llega a reponerse en la vida de esto que ha faltado en su niñez» (16).

La educación del hogar es muchas veces contraria a la del colegio. Allí se le da una filosofía de la vida, y en el hogar otra distinta. En uno se le introduce en las concepciones cristianas del mundo y de la sociedad, mientras que en el otro se suele explicar el evangelio del éxito. «Alaban al hijo del vecino porque aunque es un pícaro, "se ha portado bien," y gana un buen salario...» (17).

C) *La verdad en el niño.*

Al pedir la verdad al niño hemos de tener en cuenta:

1.º El estadio evolutivo. No exigirle aquello que no le sea posible en aquel momento. Ejemplo: Cuando no tiene una visión distinta de sus percepciones y representaciones.

2.º La subjetividad. La verdad del niño no es la verdad real. Puede haber mentira objetiva y verdad subjetiva, y en este caso la verdad para él es juzgada por nosotros como un error.

3.º La exigencia injusta de la verdad. Algunos defienden que la mentira es una locución contra el pensamiento, y con dura intransigencia quieren, al parecer, que en todo caso se diga siempre la verdad. San Agustín, y con él muchos moralistas, añaden algunas palabras a la definición. «No es mentir ocultar la verdad a quien no tiene derecho a saberla.»

4.º Desconocer que: *Nadie viene obligado a acusarse así propio*. Si el sujeto voluntariamente lo hace, mejor. Será una actitud generosa, que no se le puede nunca pedir como obligatoria. La formación moral exige que se enseñe a discernir entre lo mandado y lo obligatorio a lo que es simplemente aconsejado.

5.º Falta de jerarquización: En el niño, los valores morales no están jerarquizados, y la mentira se puede juzgar lícita para disculparse, para imponerse, para defenderse, para gozar fantaseando...

6.º Mentiras verdaderas: Sólo podemos considerar como mentira la que lo es en su estricto sentido —la maliciosa o perniciosa—. En las otras, la terapéutica consiste en atacar las causas del error, no la mentira. ¿Miente mucho el niño?

La Vaissière dice que en sus primeros años el niño miente poco, y que sus mentiras son a menudo efecto de una educación poco hábil. Maritain y Rousseau están en esta misma línea. Otros, por el contrario, creen que miente mucho. La diferencia está en que no sabemos qué consideran

(16) Nohl: *Antropología pedagógica*, pág. 269.

(17) Hull: *Aquel joven tan bueno*..., pág. 167.

mentira (18). Buck es de los que piensan que todo en el niño son mentiras (19).

MEDIOS FORMADORES O DEFORMADORES

1.º *Cuentos, leyendas y fábulas*: Se suelen separar en dos grupos los autores: defienden o rechazan.

Entre los últimos está el P. Plus, que dice: «No echemos demasiada leña al fuego» (20) de su imaginación, y otros que los defienden de manera que se puede y se debe dar el cuento al niño. Para que aprenda a distinguir entre la fantasía y la realidad, necesita esa nutrición ideativa que son los cuentos y que de manera atrayente desarrollan en él la atención, el lenguaje, la comprensión, la memoria, la sensibilidad, la moralidad.

Los cuentos se comienzan desde siempre con la frase: «Pues señor, era una vez...», y suelen ser interrumpidos por los niños en el momento de más interés con la pregunta: «¿Es verdad, fué así de verdad?» Es el momento de dar el cuento como cuento y la verdad como verdad. Así el niño puede aprender a distinguir entre sus fabulaciones y sueños y la realidad, aplicando a sus fantasías e incluso a sus mentiras incipientes el epígrafe de «cuentos». Podemos observar cómo el interés del cuento no decae al saber que no es verdad. Se sigue fijamente hasta el desenlace, que aun así parece llegar demasiado pronto.

Condiciones que debe reunir un cuento:

- 1.ª Acomodación del cuento a la edad.
- 2.ª Situaciones moralmente limpias.
- 3.ª Que la verdad se haga amable y la maldad repulsiva. Mas esto ha de ser en la misma trama, en la esencia del cuento, no en la moraleja, que suele llegar tarde y mal traída.
- 4.ª Que no se falte en él a ninguna virtud. Nosotros debemos destacar las de veracidad y justicia. Hay figuras humanas sistemáticamente denigradas en los cuentos contra toda verdad y contra justicia. Sería conveniente una revisión de los cuentos al uso desde este punto de vista.

2.º *Las novelas y el cine*.

La vida irreal de la novela de vida fácil o del cine «rosa» se adentra en el alma de los hombres, haciéndoles posible un mundo fantástico y absurdo, en que todo se logra sin esfuerzo y en el que las cosas salen siempre a merced de los deseos. Es, a la larga, por su continuidad, más perniciosa esa literatura, al parecer inocua, y hace más daño que la

(18) La Vaissière: *Psicología pedagógica*, pág. 242.

Maritain: *L'éducation à la croisée des chemins*, pág. 68.

(19) Buck: *Caractères difficiles*, págs. 138 a 155.

(20) Plus: *Jesucristo en la educación de los hijos*, pág. 125.

llamada «fuerte», pero leída esporádicamente. Da pena ver cómo se alimenta el espíritu de las gentes en los tranvías y metros y qué poco hacemos para cambiar esos libros de colores chillones con algo de más positivo valor. Estas mentiras forman ambiente, y contra el ambiente es difícil de veras luchar. Es tanto como pretender remontar una corriente.

Lo mismo podemos decir del cine superficial y falso. Sobre todo porque presenta la vida fácil como premio, cuando ésta es dura y solamente un medio.

3.º *Los juegos: su valoración ética.*

Son un excelente medio para la formación en la verdad. Allí no cabe mentira ni doblez. Todos están interesados en que *sea lo que es* cada cosa, y la peor acusación que entre sí se lanzan los niños es la de «tramposo», con lo que quedan eliminados de la sociedad lúdica.

Difícilmente se dan cuenta algunas personas de la gran suma de justicia, prudencia, fortaleza y templanza que se despliega en él juego.

Allí salen a luz todas las virtudes que pueda tener un joven; no sólo energía, iniciativa, cálculo, viveza, sino también paciencia, perseverancia, buen humor y tenacidad al jugar un juego que va perdiendo; el heroísmo del dominio propio y del juego limpio; no ceder al despecho, a la envidia, a la suspicacia, a la bajeza, a la cobardía ni a la trampa; la facultad de competir sin reñir y, finalmente, el desinterés... (21).

Es tan excelente medio educativo el juego, que podemos comprobar en el inadaptado social una paralela inadaptación al juego propio de su edad, al juego limpio, y se puede tomar como exponente de su mejora educativa la necesidad de jugar que siente y el modo de hacerlo. Muchas veces se encuentra en el juego la raíz de una aptitud en que basar su reeducación.

LA SINCERIDAD EN LA VIDA REAL DEL NIÑO

«Estas cualidades: sinceridad, veracidad y franqueza, deben ir acompañadas de otra no menos preciosa, la discreción, sin la cual fácilmente degeneran en defectos; la sinceridad, en petulancia; la veracidad, en candidez, y la franqueza, en desvergüenza.»

(P. Poveda: *Para los niños*. 3.ª ed. Madrid, 1939; 99 páginas. Cita pág. 95.)

Estamos obligados a ser veraces, pero no a decir toda la verdad siempre y a todos. La discreción es virtud que dan los años, los choques y

- (21) García Hoz: *Verdades y mentiras al niño: Los Reyes Magos*.
 Bühler, C.: *El desarrollo espiritual del niño*, págs. 313-346.
 Fortun, E.: *Pues, Señor*. Toda la obra.
 Schultz, F.: *El mundo poético infantil*, págs. 40 y siguientes.

la vida, y mal se puede pedir al niño: «Hijo; aunque todo lo que digas debe ser verdadero, sabrás que no todo lo verdadero se debe siempre decir. La virtud de la veracidad consiste en decir la verdad cuando conviene, donde, como y cuanto es conveniente.» (22).

Si de algo peca el niño es de exceso de sinceridad, de verdad imprudente. El niño terrible, el niño problema, lo es muchas veces porque dice demasiado claras las verdades. En este y en todo caso, los que han de extremar la prudencia son los mayores. El niño merece el respeto y el silencio de aquello que no debe oír y el pecado de lo que no debe ver. Es más cómodo pedirle a él prudencia que imponernos el sacrificio de obrar prudentemente nosotros.

Tengamos en cuenta los factores influyentes en la expresión de la verdad infantil ya enumerados, que ellos nos marcan el tratamiento requerido en cada caso para hacer más claros los conceptos, más exacta la expresión, más justa su conducta.

Si la irreflexión es un exponente de la infantilidad y nosotros exigimos una pronta contestación, es probable que diga sin pensar lo primero que le venga a la mente. Muchas veces le urgimos no a contestar, sino a mentir. ¿Sí o no?... Sencillamente, ni sí ni no. Aquello que nos parece capital ha pasado para él desapercibido. No intentemos nunca sacarle la verdad con preguntas sugestivas falsas. Contestará siempre, porque carece de poder discriminativo y de inhibición.

El automatismo hace que el hombre economice energías. Si todos los actos del hombre tuviesen que ser voluntarios, el hombre no haría nada. Hay veces que por automatismo en la percepción creemos que las cosas son como habitualmente suceden y no como en un caso pueden haber sucedido, y otras en que las palabras no tienen más valor que el de contestación mecánica. Por ejemplo: Siempre del fuego sale humo. Si al niño se le muestra un dibujo con un incendio y después de retirado se le pide una descripción, probablemente nos hablará de humo. Si nosotros le dijésemos ¿de qué color era el humo?, no hay duda que nos daría detalles, y, sin embargo, en el dibujo pudo muy bien no haber humo. La costumbre de contestar mecánicamente un «no, señor», «sí, señor», hace que se tomen conscientemente como signos de algo que se quiso decir y no se ha dicho en ellas nada.

El miedo. Es un imponderable de la vida infantil. Y el miedo invencible excluye el pecado.

La severidad excesiva, en íntima conexión con el miedo, es causa de más de la mitad de las mentiras infantiles. «Falta confesada, medio pedonada». Si les pedimos la verdad, hemos de saber valorarla.

La exigencia desmedida. Muchos padres y educadores piden a los niños un rendimiento que está sobre sus fuerzas. En este caso los niños encuentran resuelto el problema en la ficción... Esto se debe tener en cuen-

(22) Hull: *¡Aquel joven tan bueno!*, pág. 147.

ta, sobre todo en los clásicos «deberes para casa» y en los trabajos escritos en que tan fácil es el engaño. No quiero decir que no se le pida al niño un rendimiento acelerado en alguna ocasión, pero siempre que sea controlado y justo.

CONCLUSIONES EDUCATIVAS

La formación de la verdad no es obra meramente escolar. Viene en grandísima parte dada por el ambiente familiar y social.

La veracidad es la base de la vida social, ya que posibilita la convivencia humana.

No basta la sinceridad de nuestra conducta. Es preciso que la veracidad exista en la intimidad con nosotros mismos.

La veracidad avala la dignidad humana.

La pedagogía natural puede ser una propedeútica en la formación de la verdad, pero ésta cobrará su verdadero sentido en la pedagogía sobrenatural, exigiendo a los niños que obren en espíritu y en verdad, porque sólo de los sinceros, de los veraces, de los limpios de corazón, será el reino de la Verdad, y éste es el fin trascendente para el que educamos.

M.^a RAQUEL PAYÁ IBARS

Catedrática de Pedagogía de la Escuela
de Magisterio de Albacete

(23) Gómez Terán: *Infancia ilustrada*, pág. 305.

S U M M A R Y

Man, according to his type, adopts certain normal attitude before truth and we cannot ask the introverted and the extroverted for the same truth. The educator must consider not only the child's objective reality but also its subjectivity.

External subjective truth is shown by the evidence and we can ground on it the pedagogical formation. Truth is revealed by works and behaviour and then we shall have sincerity which is the basis of all social virtues.

Truth in the educational phenomenon can be considered from the following points of view: *a*) the educator; *b*) the educational environment, and *c*) the pupil. Miss Paya studies the different conditions and circumstances determining the formation of truth in each of those items.

She finishes her study by what we could call «pedagogical mesology» of truth by looking for sincerity as an ideal in child's life.